

trucción producida, de una parte, como consecuencia de la guerra, singularmente en las zonas donde los frentes estuvieron estabilizados, y de otra, como efecto principalmente de la anarquía, del desgobierno, la desidia y el abandono colectivos en la zona roja, han causado daños de consideración en el cuerpo de España, que nosotros ciframos en tres mil millones de pesetas en lo que se refiere a la propiedad urbana privada; en trescientos cincuenta millones de pesetas en lo que afecta a los edificios del Estado, Provincia y Municipio, y en novecientos millones de pesetas en cuanto a templos, seminarios y demás edificios de la Iglesia. Más de ochocientos mil españoles están esperando las viviendas que la Dirección General de Regiones Devastadas les prepara.

Al ideal de ruina y de resentimiento del enemigo opuso el Movimiento Nacional la consigna de afirmación y de reconstrucción; y esto desde el primer instante de la guerra, desde los primeros días del combate. Desde aquellos días en que el optimismo de todos hacía pensar en una guerra corta, surgieron iniciativas privadas y públicas encaminadas a este fin. Es la primera fase de la reconstrucción a base de suscripciones y esfuerzos desconectados. A esta primera fase corresponde el gesto sonriente de algunos pueblos y ciudades, como Huesca—invicta y heroica—, donde las gentes, ya en los primeros días del año 1937—bajo el fuego de la artillería y la aviación enemigas—, tenían temple suficiente para empuñar a la vez el fusil y la paleta y para manejar simultáneamente el cemento y la pólvora, con objeto de restaurar las gloriosas mutilaciones que se producían en sus edificios. Pero bien pronto advertimos todos que la guerra tendría que ser una prueba larga, y entonces se inició la segunda fase de nuestra tarea reestructora. En esta segunda fase se sujetaron a unidad y coordinación los esfuerzos dispersos de la etapa anterior; se crearon órganos, se reglamentaron funciones, se corrigieron viejos errores, se disciplinaron todas las actividades. Ello coincide con la constitución del primer Gobierno Nacional de España y con la promulgación de la Ley de 30 de enero de 1938, en la que se creó el Servicio Nacional de Regiones Devastadas y Reparaciones. En esta segunda fase, pendiente todavía la guerra, se realizó esta labor importantísima: se creó el Instituto de Crédito; se organizaron seriamente todos los servicios, poniendo en mo-

vimiento todo el aparato técnico-económico y administrativo de la Reconstrucción Nacional.

Es justicia que yo quiero consignar aquí que a mi ilustre compañero en el Gobierno, el señor Ministro de Agricultura, entonces mi colaborador en la Dirección General de Regiones Devastadas, cabe gran parte del mérito en la iniciación y orientación de la obra. A-D. Joaquín Benjumea sucedió el señor Moreno Torres, que continúa con acierto y fervor la obra iniciada.

Con el parte de guerra del día 1.º de abril del año anterior, anunciándonos que la guerra había terminado, comienza la tercera fase de la Reconstrucción.

La recuperación de la totalidad del territorio nacional nos ponía en posesión de nuevas provincias, pero también de nuevas ruinas; a la vez, la terminación de la guerra permitió que equipos de ex combatientes y ex cautivos poblaron los abandonados gabinetes de trabajo, laboratorios, talleres y fábricas. Contando con valiosas y nuevas aportaciones, de una parte, y ante la visión de tanto daño, de otra (pueblos y aun ciudades enteras yacían en imponente ruina), pensamos en un sistema de reconstrucción orgánica. Así surgieron los “pueblos adoptados por el Jefe del Estado”, que son mandatos de fundación que recuerdan las cartas pueblas de nuestra Edad Media y las gestas heroicas de nuestros conquistadores de Indias.

Esta tercera fase en que nos encontramos en el momento de inaugurar esta Exposición se caracteriza por estas dos directrices: Primera. La reconstrucción no aspira a dejar los pueblos de España sobre los que opera en el estado que ayer tuvieron. Aspira a mejorarlos, llevando a ellos el aliento de la Revolución Nacional, puesto que—no nos asusta proclamar esta triste verdad— en muchos las condiciones de la vivienda eran en ocasiones incompatibles con la dignidad humana. Aspiramos a que aquellas casas cumplan las exigencias de los hogares higiénicos y alegres, para que los hijos de los que se sacrificaron aprecien el fruto de tanto esfuerzo.

A la obra del arquitecto seguirá la tarea patriótica y cristiana de las mujeres de España encuadradas en la Sección Femenina de la Falange, para llevar allí una idea mejor del hogar y una idea más alta de la Patria; y para que cuantos reciban el beneficio de nuestra reconstrucción, por muchas que